

## Closing my eyes

If I close my eyes I see spiders in my dreams. They are all over my body.

I try to swat at them and some fall, but others keep dropping from the ceiling onto my legs. I am forced to watch, as my hands and legs are in the web.

They are biting me now and my body is starting to begin to swell.

I feel my legs tighten. I feel my throat begin to shut: I can't breathe.

The spiders begin to crawl away. I notice something it seems that they are carrying; I realize it's pieces of me.

Sherry Kurtz

# PRÓLOGO

Es uno de esos inviernos blancos en Nueva York. El calendario marca diciembre de 2011. "La noche de Navidad todos los soldados estadounidenses que aún siguen en Iraq regresarán al país y pasarán las fiestas con su familia". Es la promesa que hizo el jefe de Estado. El retiro de las tropas fue una de las promesas de campaña de Barack Obama para ganar su reelección. En nueve años de guerra, más de 114,000 civiles iraquíes habían muerto, y 4,489 soldados estadounidenses no regresaron. "Encuétranos un ángulo un poco diferente para cubrir la historia de la salida de los GI's (personal militar)", me pidió un editor desde París. "Diferente al combate del cual casi no se habla, el de los muchachos y sus hermanas de armas luchando por reintegrarse a la vida civil a su regreso a su país, con el cuerpo herido y el espíritu embrujado por horrores indescriptibles". "¡Bienvenidos a casa!", exclama el país a sus agobiados guerreros antes de abandonarlos a su suerte. La guerra de Vietnam fue una guerra de conscriptos, eran raros los estadounidenses que no conocieran a un soldado enviado al frente, pero los que fueron a Iraq y Afganistán eran voluntarios. Los veteranos representan menos del 1% de la población, son los "olvidados" de la sociedad. Sin saberlo, esta elección sería el preludio de una larga investigación que publicaríamos meses después junto con el fotógrafo canadiense, François Pesant, acerca de lo que el jefe del Pentágono en 2012, Leon Panetta, llamaría una "epidemia silenciosa". A los pesados traumas adquiridos durante las misiones de combate, se añade una última traición: la violación entre militares. Cuando los relatos de violación no surgen sólo de uno o dos encuentros fortuitos con veteranos, sino que se encuentran en la mayor parte de las entrevistas, es otra vertiente de la realidad militar la que aparece. Y es esta realidad la que escogimos describir a lo largo de once historias humanas narradas en este libro.

Las mujeres representan el 14.5% de los efectivos del primer ejército del mundo. Cada mañana, 204,714 visten el uniforme. Mientras Estados Unidos se aprestaba a hacer las maletas en Iraq a finales de 2011, la prensa divulgaba testimonios sobre la difícil reinserción de los hombres veteranos a su regreso de la zona de combate: traumatizados, sin trabajo, sin cobijo... El contraste con sus horas de gloria durante la batalla es escandaloso. Ayer, héroes. Hoy, parias. La situación de las mujeres, menos movilizadas, no deja de ser apremiante. Más de 280,000 sirvieron en Iraq y Afganistán desde 2001. Si un soldado de cada tres que lucharon en esos países está hoy afectado por el síndrome de estrés postraumático (PTSD), con las mujeres, la proporción es de un soldado por cada cinco los que padecen pesadillas, insomnio y crisis de angustia. Los síntomas son múltiples y, en el caso de muchos soldados, este malestar los lleva al suicidio. De acuerdo a un estudio publicado en 2013 por el Departamento de Asuntos de los Veteranos (VA por sus siglas en inglés), un promedio de 22 veteranos se suicida cada día. Es decir, se lleva a cabo un suicidio cada 65 minutos. Finalmente, el ejército tiene más víctimas "suicidadas" que soldados muertos en combate durante las guerras de Iraq y Afganistán. En el 95% de los casos, los veteranos que quieren poner fin a su vida son hombres, pero la tasa de suicidio entre mujeres militares es también tres veces más elevada que la de las civiles.

La idea de un reportaje sobre los problemas del regreso al hogar no fue recibida con gran entusiasmo por la VA. Después de un mes de intercambios amables con un encargado del área de Relaciones Públicas, pude tener un encuentro con un joven veterano que había regresado de Iraq un año antes. ¡Un veterano, no dos! En cuanto a mujeres veteranas, ninguna, no había nada que decir. Las asociaciones de antiguos combatientes querían ayudarme, pero las veteranas que aceptaron hablar fueron escasas. Fue un mensaje publicado por Facebook en la cuenta de la Red de Acción de Mujeres del Servicio (SWAN por sus siglas en inglés), la organización más importante en defensa de los derechos de las mujeres militares, el que hizo reaccionar a Laura Sellinger, antigua analista de información de la Fuerza Aérea. Otras militares me contactaron más tarde, cuando la transmisión de boca en boca surtió su efecto y logré ganar su confianza. Después de varias horas de conversación con unas y otras, muy pronto comprendí la razón de su discreción. El malestar que casi todas describen no es sólo sobre la dificultad de regresar a la "vida normal", las que atestiguan son mujeres violadas.

Son casi 500,000 mujeres militares las que sufrieron una agresión sexual por parte de un hermano de armas mientras servían a su país en los últimos veinte años. De acuerdo con las fuentes, la calamidad alcanzó a entre 20 y 40% de las veteranas. Hablan poco de la guerra, las heridas y los traumas. La violación que sufrieron relega estos males a un segundo plano. Laura acepta

y maneja sus traumatismos craneales como “daños colaterales”, inherentes a su contratación militar. Al partir a Iraq, se aceptaba el riesgo de no regresar. Sin embargo, cuando habla de su violación por un colega en Corea, la única palabra que viene a su mente es “traición”. “Es como si la violación hubiera tenido lugar en el seno de la familia”, explica Anu Bhagwati, directora ejecutiva de SWAN, veterana del cuerpo de los *Marines*. La antigua capitana denuncia una “misoginia institucionalizada”. Desde el primer día de entrenamiento, se condiciona a las jóvenes reclutas al deber del sacrificio por sus compañeros de armas, “es por este hermano por quien deben estar listas a arriesgar su vida si él se encuentra en peligro”.

La historia de esta traición la escucha François Pesant de la boca de varias antiguas combatientes cuando se instala en Nueva York, al regreso de las tropas de Iraq. De hecho, su proyecto inicial para el libro sobre las mujeres veteranas, pronto cede el lugar al proyecto sobre violación. Este mal que ataca a la institución militar. Después de recibir varias negativas de parte de la VA, el fotógrafo y periodista eliminó definitivamente los canales oficiales. Encontró a sus contactos a la salida de hospitales reservados a antiguos combatientes o de refugios para veteranos desamparados en Manhattan, en el Bronx y en Brooklyn. Después de estos encuentros con antiguos militares destacados en Iraq y Afganistán, un gran número de mujeres entrevistadas le confiaron a Pesant haber sido abusadas sexualmente por sus compañeros de armas. Shatiima Davis es una de ellas, fue violada durante una misión, no lejos de Bagdad, en presencia de un testigo que era un comisionado no oficial (NCO por sus siglas en inglés) que no hizo nada por ayudarla. La violación es común en el ejército, las mujeres destacadas en Iraq o Afganistán tienen más riesgo de ser agredidas por otro soldado de su país, que de caer bajo fuego enemigo.

Estamos en enero de 2012, el documental *The Invisible War*, realizado por Kirby Dick, acaba de ser premiado en el Festival de Cine Sundance y será nominado al Oscar el siguiente invierno. Una decena de antiguos combatientes, víctimas de agresiones sexuales salen del silencio. La película tiene el efecto de una bomba en el Pentágono. El día anterior a su exhibición, Leon Panetta -quién la vio en una proyección privada- ordena diversas medidas destinadas a facilitar los procedimientos judiciales. Sólo un 8% de los agresores, en promedio, había sido juzgado. Por otro lado, se pide a las víctimas reportar los incidentes al responsable de su cadena de mando, y no al oficial que dirige su unidad. Los medios se adueñan de un tema que no data de ayer: En 1992, al final de la primera guerra del Golfo, el Congreso organizó audiencias con mujeres militares que al regresar de Iraq se quejaron de haber sido sexualmente abusadas. De inmediato, y por primera vez, la Administración de Salud de los Veteranos (VHA por sus siglas en inglés) abrió un servicio de ayuda social destinado a las víctimas de agresiones sexuales. Ocho años después,

ante lo que las autoridades militares califican como “crisis”, nació un nuevo acrónimo. La VA sólo habla ahora de traumatismo sexual militar (MST por sus siglas en inglés), un término que las activistas dicen que es demasiado “clínico”. “No es más que un ‘eufemismo’ que oculta la gravedad de los crímenes cometidos y de los sufrimientos padecidos”, deplora Anu Bhagwati. El impacto psicológico de una violación sobre las mujeres militares es enorme: las víctimas tienen una tasa muy elevada de PTSD, más que los soldados que regresan de combate. Pero esta realidad no impide que la VA sea más exigente con ellas en términos de pruebas, de lo que es con los soldados que regresan del frente, cuyas demandas para que el gobierno se haga cargo de sus gastos médicos son aprobadas con mayor facilidad (más del 30%). Junto con la Asociación de Veteranos Norteamericanos de Vietnam (VVA por sus siglas en inglés) SWAN intentó, a finales de 2014, una acción judicial en contra del gobierno de Obama por “discriminación” hacia las víctimas de agresiones sexuales que sufren del síndrome de estrés postraumático.

Desde 2006, el Departamento de Defensa (DoD por sus siglas en inglés) ha publicado un informe anual recolectando denuncias de “contacto sexual no solicitado”, que van desde un tocamiento sexual hasta una violación. En la primavera de 2014, se reportaron 5,061 agresiones –de las cuales un cuarto eran violaciones– o sea un 50% más que en 2013, año en el cual 26,000 hombres y mujeres militares se declararon, protegidos por el anonimato, víctimas de abuso. Ya sea que las cifras coincidan más o menos con la realidad, todos los crímenes sexuales están “lejos de ser sistemáticamente reportados ante la autoridad”, señala el Pentágono. Estima que las víctimas podrían ser seis veces más numerosas. Al preguntarles por qué razones guardaron silencio, cerca del 50% de las víctimas respondió que no quería divulgar el asunto; 30% piensa que la denuncia no resolverá nada, y otro 30% declara tener miedo a ser objeto de represalias. Todas las víctimas, entre una veintena que entrevistamos, fueron obligadas sin excepción, a dejar el ejército después de su violación. En el 80% de los casos fueron excluidas por “problemas de personalidad” o “incapacidad para adaptarse”, fórmulas cómodas que permiten evitar el deshonor a la recluta y el escándalo entre la tropa: el arte de la negación por excelencia. A la cabeza de cada uno de los informes sobre abuso sexual, el Pentágono escribe: “La agresión sexual es un crimen que no se tolera, se perdona o se ignora dentro del DoD. Se trata de uno de los desafíos más graves a los que puede enfrentarse nuestro ejército”.

Esta cultura de la negación que Anu Bhagwati llama “la mitología de la violación”, permite esconder una de las verdades menos toleradas de esta calamidad, insiste la militante: “la mitad de las víctimas son hombres y nadie se ocupa de ellos”. Ninguna organización del tipo de SWAN existe para defender los derechos de los soldados que han sufrido una agresión sexual. De

acuerdo con un informe del Pentágono publicado en mayo de 2013, más del 80% de las violaciones sufridas por hombres nunca fueron reportadas. La cifra oficial de los soldados víctimas es de 1.2%, o sea 38 hombres por día, contra 33 mujeres por día. En los hospitales reservados a antiguos combatientes, el 40% de las personas tratadas por traumatismos sexuales son hombres, afirma la VA. Para Jeremiah Arbogast, Billy Capshaw y Heath Phillips, tres víctimas de violación durante su servicio, el fin del silencio pasa por una reforma de fondo de la institución. "La cultura militar tolera y mantiene los abusos de poder", denuncian, "ya que la violación de soldado a soldado no es un asunto de sexo, sino más bien de control, de dominación y violencia", subrayan estos tres hombres que aceptaron compartir su historia después de años de silencio. "Para producir un guerrero, el ejército debe entrenar a los hombres a volverse violentos. Este entrenamiento crea una dinámica amo-esclavo en la cual los comandantes tienen una autoridad, sobre las tropas que están a su cargo, casi ilimitada. Al poner todos estos factores juntos, se obtiene un contexto propicio para la violación", explica Aaron Belkin, profesor de Ciencias Políticas en la universidad del estado en San Francisco, especializado en la masculinidad y la sexualidad militares. En una cuarta parte de los casos, el agresor salió de la cadena de mando de la víctima, pero el verdadero tema, afirma Belkin, es el silencio que cubre al flagelo, o más bien el "camuflaje" construido en torno a dicho silencio. El fin de la política hipócrita "*Don't ask, don't tell*" ("No preguntes nada, no digas nada") ordenado por Barack Obama a finales de 2010, y propuesta para permitir a los homosexuales servir abiertamente en el ejército, podría favorecer un cambio de mentalidades, estima Belkin, quien también dirige *The Palm Center*, un centro de investigación sobre la homosexualidad en el ejército. Con esta ley, votada durante el gobierno de Clinton, ser homosexual significaba ser inepto para el servicio. Informar sobre una agresión sexual se hacía, asimismo, más difícil para los hombres, aunque no fueran homosexuales. La gran mayoría de los agresores que molestan a los hombres son heterosexuales. En este caso, informa el experto, la violación de soldados dentro del ejército puede compararse a la violación de presos en la cárcel.

El Pentágono asegura que hará lo necesario para librarse de esta plaga. Su nuevo titular, desde enero de 2013, Chuck Hagel, entró en funciones en pleno recrudecimiento de las revelaciones sobre casos de violación entre las filas del ejército. Juró invertir la tendencia y puso en marcha veinte medidas para mejorar la prevención, los métodos de detección y la asistencia a las víctimas. Meses después, Barack Obama, tras una serie de escándalos que incluían a varios altos mandos implicados en asuntos de agresiones –algunos de los cuales estaban a cargo de la prevención de estas mismas violencias sexuales– decretó estos crímenes como "peligrosos para la seguridad nacio-

nal estadounidense". El presidente se comprometió a no tener tolerancia hacia los agresores que debían ser "tomados como responsables, perseguidos, suspendidos de sus funciones, llevados a corte marcial y expulsados. Punto y se acabó". La impunidad de la que gozan los agresores es señalada por activistas como una de las principales causas de esta "crisis". El ejército protege tanto a su rebaño, que la decisión de perseguir o no al agresor depende, enteramente, de la buena voluntad de los comandantes. Su poder discrecional es tal que anular un veredicto de la corte marcial todavía formaba parte de sus prerrogativas hasta la primavera de 2013. Diversos proyectos de ley que recomiendan especialmente una reforma al sistema de justicia militar esperan la aprobación en el Congreso. Entre ellos se encuentra un texto que transferiría el poder de decisión a procuradores militares independientes, como es el caso, desde hace varios años, en Alemania, Australia, Canadá, Israel, Noruega y Reino Unido. Sin embargo, la idea fue rechazada en bloque en junio de 2013 por los jefes militares de todos los cuerpos del ejército. "Nuestro objetivo debería ser hacer más responsables a los comandantes, y no menos capaces de corregir esta crisis", declaró el jefe del Estado Mayor de los tres ejércitos (tierra, aire y mar), Martin Dempsey, cuando tuvo audiencia frente al Senado.

No es la jerarquía militar lo que detendrá a Ruth Moore en su nuevo combate. Ella fue dos veces violada por su superior en 1987, cuando acababa de integrarse a la Marina. Debió esperar 23 años para que la VA se dignara a reconocer los hechos y acordara una retribución económica. Un proyecto de ley que lleva su nombre, la Ley Ruth Moore, fue adoptada por unanimidad por la Cámara de Representantes la cual facilitará la obtención de un resarcimiento para las víctimas de violación por parte de su hermano en armas. Sin embargo, no se obtuvo el voto del Senado, pero la veterana de 45 años tiene razones para esperar. A finales de mayo de 2014, el ejército se comunicó con ella para ofrecerle disculpas y otorgarle 405,000 dólares como compensación de daños. La mujer, que se ha convertido en la portavoz de medio millar de víctimas en Estados Unidos, cuenta con que este perdón inesperado establezca un precedente, hasta el punto de hacer jurisprudencia. "¡El ejército admitió haber cometido un error claro e innegable!", exclamó Moore con la voz entrecortada por la emoción, "lo cual da a todos los veteranos del país la esperanza de ver sus derechos reconocidos. Esta lucha es mi nueva manera de servir a mi país, sin uniforme".